

DOCUMENTOS

BENJAMÍN SÁNCHEZ MUJICA

LA RESPONSABILIDAD DEL FILÓSOFO EN TIEMPOS DE CRISIS

A punto de fenecer el siglo XX -que quizá será llamado el siglo de la energía nuclear y de los transistores o de las dos cruentas guerras mundiales (ojalá y sólo dos)- todavía hay quienes abrazan la idea de la filosofía como reina de una monarquía absoluta. Esta visión de la filosofía la podríamos comparar con las monarquías constitucionales europeas, que no son totalmente constitucionales, pero que sólo en apariencia son monarquías; son, si me permiten los kantianos, híbridos al estilo de los juicios *sintéticos a priori* , que, de nuevo, ni son sintéticos (contingentes, *a posteriori*), ni son *a priori* (necesarios).

La filosofía de este siglo, afortunadamente, se ha dividido en, al menos, dos grandes corrientes: aquellos que siguen aferrados al estudio de problemas de filosofía pura o primera, no contaminada con ciencia alguna, sea esta natural o social, con pretensiones de universalidad y, por otro lado, otros que viven nutriéndose de las ciencias, a objeto de poder dar explicaciones, sugerencias y/o interpretaciones de la realidad que nos rodea. Por supuesto que no se trata aquí de descalificar a uno u otro grupo de pensadores; muy por el contrario quisiera dejar sentado que es inaplazable una reconciliación de los filósofos, cualquiera que sea su campo de acción intelectual. Sin olvidar que para lograr tal reconciliación hay que ser volterrianamente tolerante, hay que aceptar, no sólo que hay una diversidad de filosofías, sino también que hay filósofos con temperamento harto difícil, que realizan cosas diferentes de modos muy diversos.

La relación de los intelectuales (filósofos) con la sociedad se remonta al menos a Platón, aunque el ateniense recibiera más de un baño de agua fría en sus diversos intentos por lograr efectos inmediatos en la sociedad siracusana; parte del legado intelectual de Platón es la idea del filósofo gobernante. En forma más general, la noción prescriptiva de que las decisiones políticas deben dejarse a los miembros más sabios de la

comunidad. Según Platón, la capacidad de gobernar sabiamente, en forma justa, requiere de aplicación deliberada y puede obtenerse sólo por unos pocos. Un sistema político bien ordenado debe estar encabezado por un grupo reducido de intelectuales, los cuales han sido educados para ejercer sus responsabilidades públicas.

En la literatura filosófica-política podemos encontrar dos posiciones encontradas respecto del papel de los intelectuales (filósofos entre ellos) en el campo político-social (el llamado mundo real). Una de ellas se inspira en el famoso aforismo marxista: "Los filósofos sólo *han interpretado* al mundo, en diferentes formas. El asunto es cambiarlo" (Tesis 11 sobre Feuerbach). La segunda posición encuentra su expresión en el libro de Julien Benda *La Trahison des Clercs* (La traición de los intelectuales), donde argumenta que la vocación intelectual excluye compromisos, y que el verdadero papel del intelectual es oponerse a la opinión profana y al mundo práctico en tanto defensor de lo universal y lo abstracto.

Vale la pena señalar que la tesis marxista carece, desde un punto de vista estrictamente semántico, de actualidad; hoy en día se acepta que interpretar es la tarea diaria de todo científico, político o filósofo, puesto que se considera que interpretar no es más que diseñar hipótesis; es decir, explicaciones provisionales de cómo es el mundo o, mejor dicho, parte o partes de él; luego se examinan estas explicaciones con tanto rigor como se pueda, con el resultado de que las hipótesis o bien cobran mayor confianza por ser altamente corroboradas, o bien se abandonan o modifican. En todo caso, este carácter hipotético provisional de lo que creemos conocer del mundo ha permitido que abandonemos interpretaciones y nos obliguemos a construir otras nuevas, que le han dado a la actividad intelectual un sello de dinamismo y de cambio - muchas veces revolucionario - que poco tiene que ver con una supuesta actividad interpretativa-pasiva como la creía Marx.

Otra línea de ataque contra los filósofos -dirigida a los intelectuales en general- lo realiza Gramsci; este último considera que la función política principal de los intelectuales es la de apoyar los valores fundamentales sobre los que se basa el sistema de relaciones de propiedad capitalista. En otras palabras, los filósofos son vistos como agentes del conservadurismo, quienes actúan para reforzar y perpetuar un sistema de desigualdades sociales. No argumentaremos, por pueril, que tanto Gramsci como Marx, entre otros, son filósofos que no les debe gustar mirarse en el espejo de su propia caracterización. Ellos podrían ser una buena demostración de que la generalización sobre el papel de los intelectuales y/o filósofos es, al menos en sus casos, simplemente falso. Pero dejemos esta línea de argumentación y concentrémonos en señalar, en forma general, que se necesita ser ciego para no ver el hecho de que a lo largo de los años, los filósofos muy a menudo han sido críticos muy severos del orden establecido, viéndoseles con frecuencia for-

mando parte de actividades políticas, demostraciones, comentarios públicos e incluso militando en partidos anti *status quo* (cualquiera sea este último).

El filósofo tiene una responsabilidad social, que es una responsabilidad específica si él posee, o cree poseer, conocimientos concretos que a su juicio pudieran influir sobre otros que disponen de autoridad o poder.

La vieja imagen del filósofo, de una persona apartada de la vida pública e indiferente a la vida política, ha cambiado y quizá los filósofos se hayan ido al otro extremo. No creo que un filósofo pueda ni deba rechazar sus responsabilidades en una democracia o en el régimen político-social en que le haya tocado vivir, pero no me gusta la idea de que el filósofo quiera o intente imponer una conducta moral, política o social so pretexto de que, *qua* filósofo, tiene una percepción privilegiada y especial de los asuntos sociales, morales o políticos o de la solución de problemas en tales asuntos. Algunos filósofos han creído que si hubieran tenido o tuvieran posiciones de gran autoridad o poder político serían capaces de aplicar sus ideas y disolverían ante su avizorada mirada crítica todos los problemas de la sociedad. Pero no creo que sea así, de hecho tengo la fuerte convicción de que ello es simplemente falso.

Quisiera sostener la tesis de que la responsabilidad fundamental del filósofo, en tanto pretende lograr alcanzar o aproximarse a la tan ansiada verdad -cualquiera cosa que ello signifique-, es la de ser sensato, intentar ser revolucionario en el campo de pensamiento que cultiva, el de examinar críticamente no sólo las ideas de otros, sino, y fundamentalmente, tener el coraje y la valentía de examinar críticamente sus propios productos intelectuales, así como el abandonar teorías que demuestren no estar en correspondencia con la realidad. Posiblemente todo esto podría resumirse en una frase que tiene la impronta del, recientemente fallecido, filósofo vienés Karl Popper: "*El intelectual tiene el deber de escribir de la forma más simple y clara que pueda, y de la forma más civilizada: y no olvidar nunca ni los grandes problemas que azotan a la humanidad y exigen un pensamiento nuevo y osado pero paciente, o la modestia socrática del hombre que sabe lo poco que sabe.... creo que la tarea de la filosofía es especular críticamente sobre el universo y sobre nuestro lugar en él, incluidas nuestras facultades de conocer y nuestra capacidad de hacer el bien y el mal*" (En busca de un mundo mejor, p. 239).

Los principios que constituyen la base de toda discusión racional, es decir, de toda discusión emprendida a la búsqueda de la verdad, configuran los principios *éticos* esenciales. Enunciaré aquí, parafraseando a Popper, tres de estos principios:

1. El principio de falibilidad. Yo puedo estar equivocado, tu puedes tener razón, pero lo más seguro es que ambos estemos equivocados.

2. El principio de discusión racional: debemos sopesar críticamente, tan impersonalmente como sea posible, las razones en favor o en contra de cualquier teoría.
3. El principio de aproximación a la verdad: aun en aquellos casos en que no estemos o no lleguemos a acuerdo alguno, debemos discutir, evitando ataques personales, tratar de acercarnos a la verdad o al menos lograr una mejor comprensión de nuestros desacuerdos.

Dentro de cierta concepción filosófica ha sido tradición concebir a la filosofía como la disciplina que norma el quehacer de las ciencias. Sin embargo, sin menospreciar esa concepción, consideramos que en lo que atañe a la indagación filosófica, la investigación crítica de la ciencia, sus hallazgos y métodos, es lo que la caracteriza. En este siglo hay figuras señeras que iniciaron este tipo de actividad filosófica, basta recordar los nombres de Bertrand Russell, Ludwig Wittgenstein, Rudolf Carnap, Otto Neurath, Alfred Ayer, Hans Hahn, Reinchebach, Alfred Tarski, Karl Hempel, Morris Schlick, Karl Popper, Imre Lakatos, Thomas Kuhn, entre otros. En todos ellos encontramos una fuerte formación científica, un intento de fundamentar el conocimiento sobre la base de estudios de ciencias particulares, sean éstas sociales o naturales, utilizando como herramienta propia de la filosofía a la lógica (tradicción que se remonta al propio Aristóteles). Por otro lado, encontramos que estos filósofos tuvieron no sólo la responsabilidad intelectual de hacer inteligibles sus pensamientos, de ponerlos a prueba, de rechazarlos cuando eran inconsistentes, o cuando la crítica demostraba que no podían ser sostenidos, sino que además estuvieron involucrados en la problemática político-social que les tocó vivir. Así, vemos a un Bertrand Russell protestando contra las guerras, cualesquiera que fuesen los motivos o sin importar el lugar donde sucediesen, a otros huyendo del nazismo, otros escribiendo obras que, como Karl Popper o el mismo Russell, son un legado para la fundamentación teórica de la democracia y fundamentalmente contra todo tipo de absolutismo, tiranía o dictadura.

No deja de ser interesante que Russell, además de sus obras de lógica-matemática y filosofía analítica, nos legara una serie de libros sobre política y moral; recordemos a tal efecto *¿Por qué no soy cristiano?* o *Matrimonio y Moral*, que son ensayos sobre ética, donde nuestro autor asume una responsabilidad moral en una época y en un país cristiano, en donde la institución del matrimonio era la base de la misma; allí Russell demostró un coraje a toda prueba, al igual que una honestidad y responsabilidad intelectual muy dentro de la tradición de pensadores europeos de la talla de Schopenhauer, Voltaire, Hume y Nietzsche, para sólo nombrar algunos de ellos.

Quisiera, para terminar esta intervención, recordar una anécdota personal que, sin saber que en ella estaba involucrada una concepción de la

responsabilidad y de la honestidad del intelectual en general, y del filósofo en particular, marcó el camino que a la larga seguiría en mi carrera como estudioso y practicante de la filosofía. Transcurría el año 1969 y yo me iniciaba en mis estudios de filosofía en la UCV, apenas conocía a algunos de mis profesores y, con una pasión propia de un adolescente, no dejaba escapar ningún evento que siquiera oliera a filosofía. Por aquel entonces, el Centro Venezolano-Americano invitaba por la prensa capitalina a una serie de charlas sobre el pensamiento del filósofo Platón. La sesión inaugural se inició a las 6:30 p.m. y yo ya tenía más de media hora sentado en las primeras filas de un salón repleto de un público muy heterogéneo, a mi lado se encontraban sentadas dos señoras, muy bien vestidas, que prestaban la misma atención que yo a cada palabra del primer invitado, cuya brillante exposición estaba signada por una claridad meridiana, un hilo conductor fácil de seguir y una modestia que a la larga hizo que mis vecinas hicieran un comentario al final de tan brillante pieza de conocimiento; en efecto, luego del aplauso de rigor, las señoras comentaron, en voz lo suficientemente alta como para que les pudiera oír, en forma de interrogación, si el que acababa de hablar era filósofo, pues ellas le habían entendido todo. Luego de una corta pausa, se presentó el segundo invitado, quien comenzó por escribir una frase en griego, que quizá nadie entendió, utilizó un lenguaje tan florido como barroco para dirigirse a aquel público que, por supuesto, sabía que era si no lego, al menos sólo amante de la filosofía. La atención que prestaban mis vecinas ante cada palabra incomprensible -en castellano u otro idioma- era impresionante, yo, debo confesar, estaba un poco asustado por mi incapacidad para comprender aquel discurso sobre la filosofía de Platón, del cual ya me había leído algunos diálogos y algunas interpretaciones clásicas de los mismos. Mi estupor se presentó al escuchar el comentario de una de mis vecinas, luego del consabido aplauso final: *Este sí es un filósofo, yo no le he entendido absolutamente nada.*

Valga esta anécdota para indicarles que muy pronto me di cuenta que, al menos en mi caso, seguiría el ejemplo del expositor que había sido lo suficientemente claro como para llegar a un público heterogéneo, y evitaría en lo posible utilizar el lenguaje para arropar mis ideas o las de otro con un lenguaje oscuro, ininteligible y equívoco. En mis estudios de filosofía, aquí en nuestro país y en el exterior he visto que pululan ambos tipos de filósofos; aquí y acullá me he sentido identificado, tanto en forma como en contenido, con los filósofos que usan el lenguaje en la forma en que aquel profesor de filosofía, quien resultaría a la postre mi profesor en la UCV, había magistralmente manejado.

BENJAMÍN SÁNCHEZ MUJICA
Universidad Central de Venezuela